

Cuando el extranjero terminó su narración, dejó el banco en que estaba sentado, sin que el barón, vivamente conmovido, pudiera dirigirle una sola palabra.

Pocos días después, el extranjero tuvo un ataque de apoplejía y murió á las dos horas. Súpose que este hombre, que había tomado el nombre de Beudasson, era el desdichado caballero de Ménars.

El barón dió gracias al cielo de que le hubiese enviado en el momento en que se aproximaba al abismo, una mano que le salvara, y prometió resistir en adelante las seducciones engañosas del juego.

Hasta hoy, ha cumplido fielmente su palabra.



MAESE MARTIN

Y

SUS OBREROS,

POR HOFFMANN.



NO has experimentado tú, lector amigo, cierta vaga melancolía al recorrer una ciudad en la cual los magníficos monumentos del antiguo arte alemán refieran, á guisa de voces elocuentes, el esplendor, la piadosa perseverancia y la historia de un tiempo que ya no existe? ¿No te ha parecido entonces que entrabas en una casa abandonada? Todavía está sobre la mesa el libro religioso abierto por el padre de familia; en las paredes la hermosa y rica tapicería tejida por la señora de la casa: en los armarios vense preciosos utensilios, ofrecidos como regalo en ciertos y determinados días de fiesta. Creerías que algunos de los que habitan esta casa van á presentarse y á dirigirte el saludo cordial de la hospitalidad; pero en vano esperas á aquellos á quienes el tiempo se ha llevado

consigo en su rápida é incesante carrera. No puedes hacer otra cosa que abandonarte á los dulces sueños alimentados por las obras de los maestros, que te hablan un idioma tan puro y sonoro que te conmueve hasta el fondo de tu alma. Entonces comprendes el sentido íntimo de sus producciones, puesto que vives en su tiempo y ves aquello mismo que los ha inspirado. Mas ¡ay! ¿no te sucede que en el momento en que creías apoderarte de estas alegres imágenes, se disipan á los rumores del día, huyen sobre las nubes ligeras de la mañana, mientras tú, con lágrimas en los ojos, sigues por medio de tus miradas esas pálidas sombras? De repente, despiertas de tu sueño al rudo contacto de la vida real, y sin quedarte otra cosa que un deseo profundo con el cual se siente agitado tu corazón.

El escritor que traza para tí estas líneas, caro lector, ha experimentado tales emociones, siempre que su camino le conducía á la célebre ciudad de Nuremberg. Entregábase á todos los sueños, ora contemplando la maravillosa fuente del mercado, ora la tumba de San Sebaldó ó el tabernáculo de San

Lorenzo, ó bien recorriendo el castillo ó la casa del ayuntamiento y volviendo á ver las obras maestras de Alberto Durero, las magnificencias de esa ciudad imperial, cantadas por el anciano Rosenblut. En suma, el cuadro completo de la noble vida de la clase media en aquel tiempo en que el artista y el obrero se daban la mano marchando hacia un mismo objeto, se alzaba ante los ojos del escritor y se grababa en su pensamiento. Permítele, pues, que te presente uno de esos cuadros: acaso te complazcas en observarle: acaso quieras entrar á la casa de Maese Martín y detenerte en medio de sus toneles y vasijas. ¡Sea así, y se verán cumplidos los votos del autor!

CÓMO MAESE MARTIN FUE ELECTO SÍNDICO.

El día 1^o de Mayo del año de 1580, el honorable gremio de toneleros de la ciudad libre é imperial de Nuremberg, se reunió solemnemente, siguiendo los antiguos hábitos y costumbres. Poco tiempo antes, uno de los síndicos, ó maestros del cirio, como

se les llamaba, había sido enterrado; preciso era elegir sucesor. La elección recayó en Maese Martín. Nadie le igualaba en cuanto á la solidez y elegancia de sus toneles; nadie sabía como él la mejor manera de guardar el vino en el sótano. Así, pues, contaba en el número de sus parroquianos á los señores más distinguidos, y vivía con bastante holgura, ó, por mejor decir, era verdaderamente rico.

Terminada la elección, el digno consejero Paumgartner que presidía la corporación ó gremio de los obreros, tomó la palabra y dijo: “Muy bien habéis hecho, amigos míos, en escoger á Maese Martín para síndico; no podíais depositar esta dignidad en mejores manos. Maese Martín es muy estimado de cuantos le conocen; tiene mucha habilidad en su profesión y suma experiencia en el arte de cuidar y conservar el noble vino. Su celo por el trabajo, y la vida religiosa que observa á pesar de sus riquezas, deben servirnos á todos de modelo. ¡Seais, pues, mil veces saludado, Maese Martín, como síndico nuestro!”

Al decir esto, se levantó Paumgartner y, con los brazos abiertos, caminó algunos pa-

sos, en espera de que Maese Martín se le acercase. Éste apoyó ambos brazos en los de su sillón y se levantó con toda la lentitud que exigía su feliz robustez; en seguida se adelantó hacia Paumgartner, y apenas correspondió á sus tiernos abrazos.

“¡Vamos! dijo el consejero, algo sorprendido; vamos, Maese Martín, ¿no estaríais satisfecho de haber sido electo síndico nuestro?”

Maese Martín echó la cabeza hacia atrás, como tenía de costumbre; movió ligeramente sus dedos sobre su enorme vientre, y miró con ojos atentos la reunión; luego, volviéndose hácia el consejero, le dijo: “¿Cómo podría, señor mío, no estar contento al recibir lo que me pertenece? ¿Quién rehusa aceptar el salario de un buen trabajo? ¿Quién echa á pasear al deudor tardío cuando viene á saldar la deuda contraída hace mucho tiempo? Y vosotros, queridos compañeros, añadió dirigiéndose á los maestros que le rodeaban, ¿habeis creído al cabo, que yo debía ser el síndico de nuestro honorable gremio? ¿Qué es lo que exigís de un síndico? ¿Que sea el más hábil en su oficio? Id á ver mi tonel de dos cubas, cons-

truido sin fuego, mi hermosa obra maestra, y decidme si alguno de vosotros puede vanagloriarse de haber terminado un trabajo tan elegante y fuerte. ¿Queréis que vuestro síndico tenga bienes de fortuna? Entrad á mi casa y os abriré mis cofres y armarios, y os regocijaréis al ver brillar en ellos el oro y la plata. ¿Es necesario que el síndico sea tenido en buena opinión por grandes y pequeños? Preguntad á nuestros honorables señores del consejo; preguntad á los príncipes y á los señores vecinos de nuestra ciudad de Nuremberg; preguntad al venerable obispo de Bamberg; preguntad á todos ellos lo que piensan de Maese Martín, y os aseguro que no os hablarán mal de él.”

A estas palabras Maese Martín con aire satisfecho dióse unas cuantas palmaditas en el vientre y medio cerró los ojos, y, como todo el mundo se callaba y no se oía otra cosa que un leve murmullo, replicó: “Pero advierto y recuerdo que debo daros cortesmente las gracias á causa de que Dios en esta elección ha iluminado vuestros cerebros. ¡Vamos pues! Cuando recibo el precio de mi trabajo, cuando mis deudores me pa-

gan el dinero que me deben, pongo al pie de la cuenta: “Recibido con agradecimiento, Maese Martín, tonelero de esta ciudad.” Recibid todos las gracias por haber saldado una deuda antigua nombrándome vuestro síndico. Por lo demás, os prometo que desempeñaré mis deberes con celo y rectitud. Cada uno de vosotros hallará cerca de mí, en caso de necesidad, consejo y ayuda hasta donde mis facultades me lo permitan, y me constituyo en la obligación de mantener el honor y la dignidad de nuestra digna profesión. Os invito á vos, mi respetable jefe de oficio, y á todos vosotros, maestros y amigos míos, á un alegre festín para el domingo próximo. Vaciamos bonitamente muy buenas botellas de vino de Hochheim, de Johannisberg, ó de cualquiera otro que os agrade en mi cueva perfectamente abastecida, y allí trataremos acerca de lo que deba hacerse en obsequio de todos nosotros. Repito, pues, que todos quedáis cordialmente invitados.”

Los honorables maestros, cuyo semblante se había oscurecido de un modo visible al oír las orgullosas frases de Martín, se alegraron entonces, y á su fastidioso silen-

cio sucedió la estrepitosa charla, en que se trataba principalmente de Maese Martín, de sus cualidades y de su excelente bodega de vinos. Todos prometieron acudir el domingo á casa de su nuevo síndico, quien les tomó la mano, y estrechó á uno tras otro contra su vientre, como si hubiera querido abrazarlos. La reunión se disolvió alegremente y en buena armonía.

Cierto día, el consejero Paumgartner, acudiendo á sus negocios, pasaba delante de la casa de Maese Martín. Iba á continuar su camino, cuando el nuevo síndico, quitándose su gorra é inclinándose respetuosamente, le dijo: «No os dignaréis, mi noble señor, deteneros un instante en mi humilde casa? Dejad que yo goce y me aproveche de vuestra sabia conversación.»

—“Ah, querido Maese Martín, contestó Paumgartner sonriéndose; me detendré de muy buena gana cerca de vos; pero ¿por qué habláis de vuestra casa llamándola humilde? Sé que ninguno de nuestros ricos vecinos posee una casa más hermosa. ¿No habéis acabado últimamente el soberbio edificio que hace de vuestra casa uno de los ornamentos de nuestra célebre ciudad? No

quiero hablar del arreglo interior, arreglo que ningún patricio desdeñaría.”

El anciano Paumgartner tenía razón; porque, tan luego como se abrió la puerta, revestida de diversos adornos de estaño, se entraba á un extenso vestíbulo, en que se veían un pavimento elegantísimo, cuadros escogidos, suspensos de las paredes, armarios y sillas artísticamente trabajados; y entonces cada cual, de muy buena voluntad obedecía á la recomendación escrita en verso sobre una tablita y colgada sobre la puerta; la cual recomendación se refería á que los visitantes se limpiasen los piés antes de entrar.

El día de que hablamos era caluroso; la atmósfera de esta pieza estaba pesada y sofocante. Maese Martín condujo á su huésped á una sala más vasta y que semejaba una cocina de aparato. Acostumbraban en aquella época los ricos de la clase media tener una sala adornada á guisa de cocina, con utensilios de menaje, que únicamente estaban á la vista sin entrar jamás en uso.

“¡Rosa! ¡Rosa! exclamó Maese Martín al entrar. En aquel mismo instante se abrió una puerta, y Rosa, la hija única del tonelero, se adelantó hacia su padre.

Si te es posible, querido lector, recuerda en este momento las obras maestras de nuestro insigne Alberto Durero. Torna á contemplar las nobles figuras de aquellas jóvenes con sus gracias, su dignidad, su expresión de dulzura y piedad, tales como aparecen en sus cuadros. Piensa en esas tallas majestuosas y delicadas, en esas frentes blancas y convexas, en ese encarnado de rosa que se difunde y desvanece en sus mejillas; en esos labios rojos como la cereza, en esas miradas en que se trasluce un piadoso deseo; en esa pupila que brilla entre las oscuras pestañas como rayo de luna al través del espeso follaje; piensa en esos cabellos sedosos, alisados con tanto cuidado; piensa, por último, en la celestial belleza de aquellas jóvenes, y tendrás idea de Rosa. ¿Cómo podría el narrador de esta historia describirte tan encantadora criatura? Mas seale permitido hacer memoria de un joven y hábil artista, en cuyo seno ha penetrado la luz de aquellos buenos tiempos; quiero hablar del pintor Cornelius. “Yo no soy noble ni hermosa”. Tal aparecía en los dibujos de Cornelius la Margarita de Goethe en el momento en que pro-

nuncia esas palabras, y tal aparecía Rosa en el momento en que su timidez sencilla la hacía sustraerse á los homenajes de los hombres.

Rosa se inclinó humildemente ante el consejero, tomóle la mano y la llevó á sus labios. Las pálidas mejillas de Paumgartner se enrojecieron vivamente, y así como los últimos rayos de la luz tiñen de púrpura un bosque sombrío, el fuego de su pasada juventud brilló en los ojos del anciano.

“¡ Ah! mi querido Maese Martín, exclamó alegremente: sois un hombre rico; pero el más hermoso don que os ha dispensado el cielo es vuestra encantadora hija Rosa. Si nosotros, viejos consejeros, no podemos apartar nuestros ojos de esta amable niña, ¿puede llevarse á mal á los jóvenes que se queden inmóviles y como petrificados cuando encuentran á vuestra hija en la calle; que viéndola en la iglesia se olviden del predicador; y que, cada vez que hay una fiesta, olviden por ella á las demás jóvenes y la persigan con suspiros, miradas y homenajes? ¡ Vamos! bien podéis escoger vuestro yerno entre nuestros patricios y por donde vos queráis.

A estas palabras el rostro de Maese Martín adquirió una expresión algo sombría; mandó á su hija que fuese á buscar una botella de excelente vino añejo, y cuando ella se alejó con los ojos bajos, dijo Martín á Paumgartner: “Cierto es, querido señor, que mi Rosa está dotada de grande hermosura y que el cielo me ha hecho rico; pero ¿cómo decís todas estas cosas delante de la joven? En cuanto al yerno patricio, no será por cierto como decís.

—Callaos, Maese Martín, contestó el consejero sonriéndose, callaos. Cuando el corazón está lleno, preciso es que se abran los labios. ¿Podríais creer que mi sangre, ya helada, se calienta en mi corazón cuando veo á Rosa? ¿Qué mal halláis en que diga con franqueza lo que pienso y lo que la misma Rosa debe saber muy bien?”

Rosa trajo el vino y dos vasos preciosos. Maese Martín sacó á la mitad de la sala una mesa pesada y llena de admirables cinceladuras. No bien los dos ancianos se habían sentado llenando sus respectivos vasos cuando oyóse el ruido de un caballo que se detenía á la puerta de la casa. Oyóse en el vestíbulo la voz de un caballero, Rosa bajó apre-

suradamente, y muy presto volvió, á anunciar que el Sr. Enrique de Spangenberg estaba allí y deseaba hablar á Maese Martín.

“Bien, dijo éste, hé aquí una dichosa velada, puesto que uno de mis antiguos y mejores parroquianos llega á mi casa: sin duda viene á hacerme un nuevo pedido.”

Diciendo estas palabras, caminó con la prisa que le permitieron sus fuerzas al encuentro del respetable huésped.

CÓMO MAESE MARTIN PONIA SU PROFESIÓN MUY ENCIMA
DE LAS DEMÁS PROFESIONES.

El vino de Hochheim brillaba en los vasos cincelados y desataba la lengua y el corazón de los tres ancianos. De vez en cuando Spangenberg que, en una edad avanzada, conservaba la frescura y la vivacidad de la juventud, refería algunas alegres historias de su buen tiempo, y divertía de tal modo á Maese Martín, que su enorme vientre experimentaba una especie de terremoto, y en sus golpes de risa, se le llenaban los ojos de lágrimas. También Paumgartner olvida-

ba más que de costumbre su gravedad de consejero y se complacía en probar el buen vino y en oír estas ligeras conversaciones. Pero cuando Rosa volvió trayendo un canastillo del cual sacó un mantel blanco como la nieve; cuando moviéndose acá y allá con pie ligerísimo, púsose á colocar sobre la mesa manjares especiales y, con dulce faz, suplicó á los huéspedes de su padre que no despreciasen una colación preparada á toda prisa, entonces cesaron las risas y las conversaciones: Spangenberg y el consejero seguían con sus miradas á la noble niña y el mismo Maese Martín, apoyado en un sillón y con las manos juntas, la observaba, no sin un sentimiento de orgullo.

En el momento en que Rosa iba á retirarse, el anciano Spangenberg se levantó con la ligereza de un joven, y tomándola de la mano, díjole con lágrimas en los ojos: “¡Oh dulce y hermosa niña, querida hija, serafín encantador!” En seguida besóla dos ó tres veces en la frente y volvió á sentarse pensativo. Paumgartner bebió á la salud de Rosa.

“Sí, dijo el caballero, cuando salió Rosa; sí, Maese Martín, el cielo, al concederos es-

ta hija, os ha dado un tesoro que no podéis apreciar demasiado. Algún día os valdrá grandes honores; pues ¿quién no desearía ser vuestro yerno, cualquiera que fuese su rango?

—Ya veis, dijo Paumgartner, que el noble señor de Spangenberg piensa del mismo modo que yo.

—Ya me parece ver, replicó el caballero, á la linda Rosa casada con un patricio y llevando una rica sarta de perlas en sus blondos cabellos.

—Mis queridos señores, contestó Martín con aire contristado, ¿por qué estar hablando siempre de una cosa en que yo de ninguna manera pienso? Mi Rosa acaba de cumplir sus diez y ocho años, y una criatura como ella no puede todavía pensar en casarse. ¿Qué sucederá en el porvenir? Lo ignoro y me entrego á la voluntad de Dios; pero lo que hay de cierto es, que ni patricio ni hombre alguno tocará la mano de mi hija, sino únicamente aquel á quien yo reconozca como muy hábil y muy laborioso tonelero, suponiendo, sin embargo, que mi hija le acepte, pues por nada en el mundo querría yo obligarla á

contraer un matrimonio que no fuese de su gusto.”

Spangenberg y Paungartner se miraron sorprendidos al escuchar estas palabras.

Después de un momento de silencio, el consejero dijo á Maese Martín: De manera que vuestra hija no debe elegir esposo fuera de las personas de vuestra profesión.

—¡Dios la libre de ello! contestó Martín.

—Pero, replicó el caballero, si un digno maestro de profesión honrosa, por ejemplo, un platero ó un artista, pidiésé la mano de Rosa y obtuviese su cariño, ¿qué haríais?

—Enseñadme, contestó Martín echando la cabeza hacia atrás, enseñadme, le diría, mi joven compañero, el tonel de dos cubas que habéis hecho para presentarle como vuestra obra maestra; y si no podía complacerme, le abriría amistosamente la puerta y le suplicaría en tono cortés que fuese á buscar fortuna á otra parte.

—Sin embargo, continuó Spangenberg, ¿si este joven compañero os dijese: “No puedo enseñaros la obra que deseais; pero venid conmigo y veréis una hermosa casa cuyas columnas se alzan atrevidamente en el aire; hé aquí mi obra maestra?”

—¡Ah! querido señor, exclamó Martín con impaciencia, ¿qué de trabajos inútiles os tomáis para hacerme cambiar de opinión! Os lo repito: mi yerno será de mi profesión, porque yo considero mi profesión como la más hermosa que hay en el mundo. ¿Creéis acaso que basta poner los aros sobre las duelas para formar un tonel? En nuestro oficio es necesario tener una inteligencia despejada para conservar y cuidar el noble vino, ese don precioso del cielo; para guardar la fuerza y la dulzura de ese espíritu del vino; y en cuanto á la construcción misma de toneles ¿acaso no se necesita saber calcular y medir? Es necesario que seamos aritméticos y geómetras para apoderarnos de las proporciones de nuestros toneles. Sí, el corazón me salta en el vientre cuando coloco un hermoso tonel sobre los banquillos para acabarle; cuando mis compañeros le dan el último golpe de hacha y cepillo y oigo los instrumentos caer cadenciosamente: clip clap, clip clap. ¡Oh, esta música es deliciosa! Me enorgullezco cuando veo acabado mi edificio y tomo el punzón para marcar la señal que honra á todos los toneleros. ¿Habláis de los arqui-

tectos? Sin duda que una casa bien construida es una hermosa obra; pero si yo fuese arquitecto, y al pasar frente á mi edificio me fuese preciso ver un pícaro ó un necio que le hubiese comprado y que me contemplase desde lo alto del balcón, me avergonzaría en el alma y vendriame la idea de destruir mi obra. Esto no puede acaecer con mis construcciones, que no contienen sino el más encantador espíritu de la tierra, el noble vino. ¡Dios bendiga mi oficio!

—Vuestro panegírico, replicó Spangenberg, está perfectamente concebido, y la estima que profesáis á vuestro oficio, os honra; mas permitidme que vuelva á mi idea; si un patricio se presentase pidiéndoos la mano de vuestra hija, ¿qué haríais? Cuando una pretensión de éstas se formaliza, las cosas tienen lugar de muy diverso modo del que nos las figurábamos.

—Y bien, exclamó Maese Martín, con la voz alterada por la cólera, ¿qué podía hacer yo entonces sino inclinarme cortemente y decirle: “Mi querido señor, si fueseis un buen tonelero, ya sería otra cosa . . . ?”

—Escuchadme aun, dijo Spangenberg interrumpiéndole: si cierto día un joven gen-

tilhombre, montado en un magnífico caballo y seguido de una brillante escolta, se detuviese delante de vuestra casa y os pidiese la mano de Rosa, ¿qué haríais?

—¡Ah! ¡Ah! exclamó Maese Martín, con más cólera que antes, ¡qué aprisa iría á cerrar la puerta con llave y cerrojos, diciéndole: “Seguid vuestro camino, caballero; rosas como la mía no florecen para vos. Mi cueva os agrada, mis ducados os sonríen, y tomaríais de buena gana á la niña por añadidura. ¡Seguid vuestro camino!”

El viejo Spangenberg se levantó con el semblante encendido, puso ambas manos sobre la mesa y bajó la vista; en seguida replicó: Maese Martín, todavía una pregunta: si este joven fuese mi propio hijo, si yo mismo me detuviese con él ante vuestra casa ¿nos cerraríais también la puerta? ¿creeríais que veníamos al olor de vuestra cueva y de vuestros ducados?

—No, mi noble señor, contestó Maese Martín: os abriría amistosamente la puerta; todo cuanto hay en mi casa estaría á vuestra disposición y á la del señor vuestro hijo; pero, por lo que respecta á Rosa, os diría: ¡Quiera el cielo que vuestro hijo